

DECONSTRUYENDO
IMAGINARIOS:
LA IRRUPCIÓN DE LAS
MUJERES NEGRAS EN LA
EDUCACIÓN SUPERIOR

¡Ay,
negra tenía
que ser!



"Ser mujer ya es una desventaja en esta sociedad siempre machista; imaginen ser mujer y ser negra..."

~ ÁNGELA DAVIS



Fotografía: © Arthur Schatz, Life Magazine, 1969.

La historia tradicional, por su carácter etnocentrista, ha mostrado a los indios como seres salvajes y a los negros como seres sin alma, sumisos y subordinados a sus amos. Ser negro, en las sociedades coloniales, era sinónimo de inferioridad e ignorancia. Los hombres y mujeres que fueron esclavizados eran cosificados y solo existían en tanto eran una prolongación jurídica de sus amos.

La historia que nos relataron en la mayoría de los colegios colombianos presentaba la conquista como una hazaña prodigiosa realizada por hombres valientes que dominaron, en nombre de Dios y de Castilla, a millares de seres naturales. No obstante, hay otros textos que dan cuenta de la historia de hombres y mujeres que, durante más de 500 años, han tenido múltiples luchas de resistencia por

la defensa de sus territorios, identidad y prácticas culturales. Gracias a esa lucha lograron que se les reconociera un lugar en la sociedad y en la historia.

Desde la época de la colonia se ha construido el imaginario de las mujeres negras como objetos y no como sujetas pensantes, poseedoras de su propia historia, experiencias, saberes y realidades particulares; mujeres que producen conocimientos desde sus cuerpos y espacios subalternizados e inferiorizados que, a su vez, han sido hegemónizados bajo imaginarios, estereotipos y representaciones sociales que las han discriminado y excluido.

Históricamente las mujeres han luchado por acceder a otros espacios donde han sido marginadas; por ejemplo, el ingreso a la Educación Superior. La historiadora suiza Aline Helg (1987), expone que la mujer ha sido segregada en el proceso educativo debido a que su lugar se concentraba en el hogar, los trabajos domésticos, los cultivos alimenticios y no en la educación. La profesora e investigadora española Rosario Valpuesta (2002), planteó que uno de los logros más importantes de la mujer en el siglo XX, ha sido pasar de estar en un ámbito meramente privado (entorno doméstico) para vincularse al sector de lo público (todo aquello que transcurre fuera del hogar). Parte de esa incorporación al mundo de lo público se vio reflejada en el acceso de la mujer a la universidad, cuya presencia con el paso del tiempo ha venido incrementándose de tal manera que le permite su participación activa en lo que la autora ha denominado “economía del conocimiento”, ámbito del que hasta entonces estaba excluida.

Valpuesta calificó el ingreso de la mujer al sistema educativo y, sobre todo a la Educación Superior, como una “revolución

silenciosa” que ha modificado comportamientos, hábitos, pensamientos, formas de “ser” y “estar”, en un mundo que ha girado en torno al hombre.

La universidad, como institución radicada en ese ámbito, se ha caracterizado por ser patriarcal; por ello, la incorporación de la mujer como protagonista, en todos sus niveles, debe suponer la feminización de la actividad universitaria. Este hecho se podría calificar como la gran revolución del siglo XX, donde el ingreso de la mujer a la actividad pública, entendida como contraposición al ámbito privado o de lo familiar, se ha hecho a costa de ella misma. Valpuesta sostiene que esta inserción de la mujer a la Educación Superior es una contradicción ya que la situación de pobreza en la que viven algunas mujeres, unida a las cargas familiares y sociales que se les imponen y que delinear un determinado rol, las excluye de toda posibilidad de formación.

Pero, ¿qué mujeres hicieron parte de esa “revolución silenciosa” de la que nos expone Valpuesta?

Dentro de la historiografía que hay sobre la mujer en la Educación Superior, se encuentra que los autores que han trabajado estos temas no tienden a incluir la variante étnica, como si todas las mujeres hubiesen vivido el mismo proceso para acceder a las universidades. En su mayoría, estos trabajos tienden a ser una historia elitista y segmentada que toma como estudios de caso a mujeres blancas/mestizas, que de una u otra forma tenían una condición socioeconómica media y alta. Por lo tanto, es pertinente

que en los trabajos que se realicen sobre la mujer en la Educación Superior se tenga en cuenta la variante étnica y, de esta manera, poder recuperar y mostrar esos procesos que difieren según el grupo étnico.

Aunque existe una escasa producción teórica sobre las mujeres negras en la Educación Superior (por no decir nula), esta carencia de registros investigativos no es más que la evidencia de la invisibilidad de las mujeres negras como sujetas de investigación en el campo educativo. Ahora bien, si para la mujeres que exponen estas investigaciones les fue difícil irrumpir dichos espacios, aun viniendo de una condición socioeconómica media o estable y siendo blancas o mestizas, imaginemos por un momento el proceso que les tocó vivir a las mujeres indígenas, negras - afrocolombianas, palenqueras y raizales

“DESDE LA ÉPOCA DE LA COLONIA SE HA CONSTRUIDO EL IMAGINARIO DE LAS MUJERES NEGRAS COMO OBJETOS Y NO COMO SUJETAS PENSANTES”

para convertirse en mujeres académicas o profesionales, deconstruyendo aquellos imaginarios o estereotipos por los cuales han estado marcadas desde hace siglos.

Entonces, ¿cuál sería siendo la imagen que se viene a la mente cuando se hace referencia a las mujeres negras...? Sería de pronto

el imaginario de mujeres con buena sazón, buenas para bailar, empleadas domésticas de fenotipos fuertes, ignorantes e hipersexuadas... ¿o dónde quedan entonces las mujeres académicas o profesionales?, ¿se nos hace fácil recordar a alguna mujer negra que haya hecho algo por la humanidad?

“...EXISTE UNA ESCASA PRODUCCIÓN TEÓRICA SOBRE LAS MUJERES NEGRAS EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR (POR NO DECIR NULA)”

Es así como las trayectorias geográficas e históricas, al igual que las relaciones de poder, permiten transformar, en el lenguaje construido socialmente, configuraciones que reducen a estos sujetos/as en representaciones simbólicas y exóticas; lo cual conduce a un empobrecimiento sistemático y de marginación donde el compás de participación y oportunidades muchas veces se ve reducido. Por tal razón, se insiste en el presente documento, en resaltar el valor que ha tenido la Educación Superior en las mujeres negras como proceso de resistencia y, a su vez, como elemento portador para la construcción identitaria. Si bien ésta ha sido un andamiaje en la formación de sujetos/as políticos/as, no se convierte en una base ni en un producto, sino en la posibilidad permanente de un “proceso de resignificación que es desviado y detenido mediante mecanismos de poder” (Rubio, 2009); situación que hace pensar el por

qué ambas (educación y construcción de identidad) hoy por hoy se han convertido en una negociación política y de luchas de poder.

Pero, ¿qué caracteriza los procesos de formación de identidad dentro de sus comunidades de origen?, ¿cuáles son las experiencias a las que se exponen al ingresar a las universidades?, ¿qué prácticas caracterizan el proceso de inserción en la vida urbana?, y ¿qué tipo de tensiones surgen entre la formación dentro de sus comunidades de origen y la que están desarrollando dentro del ámbito urbano y universitario?

Aunque la visibilidad social en las modernidades, principalmente de las comunidades

negras que históricamente han tenido desventajas socioeconómicas, nacen de una fragmentación ligada a un contexto de elitista y sectorial (Habermas, 1981), ésta es redefinida por la presencia de masas urbanas en la escena social, cuya transformación política pasa a convertirse en esfera de la comunidad y en asuntos generales de la sociedad que responden también a la formación de una cultura-popular-de masa. Así, los dispositivos de mass-mediación que articulan los movimientos de lo público hacen que la visibilidad social, acentuada por las diferencias fragmentadas en el tejido social, convierta en un quehacer político la educación y la participación activa de estos sujetos/as.

Contradicción que se enmarca en un contexto sociocultural diferenciado por la intersectorialidad e intereses individuales y colectivos en los que romper con los ima-

ginarios y estereotipos creados alrededor de la representación sociopolítica de las comunidades negras, principalmente las mujeres, queda segregado en un lenguaje que interpreta la invisibilidad y el no reconocimiento, mientras que la capacidad productiva y creativa queda en un segundo plano, al igual que el diálogo de saberes y escenarios de inclusión.

Las necesidades y experiencias de las mujeres negras no pueden partir de un lenguaje sexista que ponga en desventaja su rol. Se hace necesario que su aporte en la transmisión de cultura y en el campo económico, en los cuales han sido subvaloradas, sea reconocido. Dicha emancipación parte de la labor de aquellas mujeres que, desde el trabajo con organizaciones de base y la construcción de un tejido desde adentro (a partir de sus discursos históricos, quehaceres y formas de narrar historia), crean y recrean escenarios cuyas prácticas pedagógicas permiten develar a todas esas mujeres educadoras, madres y líderes comunitarias, poetisas, cantadoras, maestras, investigadoras, matronas de un saber ancestral, defensoras de la tierra y el medio ambiente, escritoras, peñadoras y parteras, entre otras.

Si bien la educación ha sido un elemento que ha permitido en las mujeres reivindicar, desde otros escenarios, la identidad individual y colectiva para su reconocimiento, también ha posibilitado posicionarlas en espacios donde han sido líderes políticamente activas, donde descolonizan su rol desde otro lugar. Las movilizaciones de las mujeres negras han partido de una construcción,

podría decirse, de poder político el cual se podría afirmar que hace parte de un ejercicio pedagógico (democratización de la educación) cuyas acciones construyen otras formas organizativas de participación, inclusive de lazos de solidaridad en sus propios territorios ancestrales.

¿En qué medida la educación que recibieron algunas de estas mujeres en la universidad les permitió inclinarse por fortalecer una identidad en el resto de su población étnica?

Aunque muchas mujeres negras son sabedoras de un conocimiento, pocas son las que pueden enriquecerlo en la Educación Superior, dado que las oportunidades de acceso y permanencia son pocas. Las bases académicas con las que llegan a las universi-

“LAS NECESIDADES Y EXPERIENCIAS DE LAS MUJERES NEGRAS NO PUEDEN PARTIR DE UN LENGUAJE SEXISTA QUE PONGA EN DESVENTAJA SU ROL”

dades de la Educación Básica Media ponen en desventaja su proceso formativo y son muchas las aristas que se vuelven en contra.

Sin embargo, existen referentes de mujeres que permiten alzar la voz y reivindicar ese lugar de las mujeres negras en la Educación

Superior y la Academia. Entre ellas podemos mencionar a Aurora Vergara Figueroa (socióloga, investigadora, maestra, crítica feminista), a Emilia Eneyda Valencia Murrain (activista, presidenta de la Asociación de Mujeres Afrocolombianas, Licenciada en Lenguas Modernas de la Universidad del Valle, miembro de la Escuela Política de Mujeres Pacíficas), o a Vicenta Moreno Hurtado (educadora y activista, líder comunitaria, estudiante de Maestría en Educación Popular de la Universidad del Valle,

investigadora de interseccionalidades del Centro de Estudios Afrodiaspóricos de la Universidad Icesi y la Casa del Chontaduro). Todas ellas deconstruidas por imaginarios, reinventadas, reivindicadas, mujeres libertarias portadoras de un enorme saber.

¡Creemos que ya no duele!... Ser mujeres negras, emancipadas y tejedoras de conocimiento: **¡Ay, negras teníamos que ser...!**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

HABERMAS, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

HELG, A. (1987). *La Educación en Colombia 1918-1957. Una historia Social, Económica y Política*. Bogotá, Colombia: Fondo Editorial CEREC.

RUBIO, J. (2009). "Identidades y sujetos sociales: Viejas y nuevas interrogaciones" En: A. N. Rodríguez (Ed.), *Sujetos sociales, acciones colectivas y Trabajo Social* (pp. 76-101). Cali, Valle del Cauca: Universidad del Valle.

VALPUESTA, M. (2002). Mujer y Universidad. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, (4), pp. 11-28.

DIANA CAROLINA CAICEDO PEÑATA

Trabajadora Social egresada de la Universidad del Valle, coordinadora del Programa de Acciones Afirmativas, Universidad Autónoma de Occidente; trabajo en permanencia académica en la Educación Superior. Santiago de Cali, Colombia. dcaicedop@gmail.com

LIZETH NATALIA SINISTERRA OSSA

Licenciada en Historia egresada de la Universidad del Valle, con experiencia en el área investigativa, específicamente en el desarrollo de proyectos educativos, algunos de ellos han sido financiados por el Ministerio de Educación Nacional, Colciencias, Fundación Escuela Nueva y Gobernación del Valle del Cauca. Santiago de Cali, Colombia. lizethsinisterra@gmail.com